

PRESENTACIÓN

TERRITORIO, IDENTIDAD Y MERCADO

*Jaime Urrutia*¹

EL TERRITORIO es la base primera de cualquier identidad cultural (IC). A partir de él se construyen referentes simbólicos y relatos históricos que permiten a un grupo humano compartir las mismas tradiciones y expresiones culturales. Este libro resume en su mismo título los dos conceptos de territorio e identidad, en relación con una pregunta central: ¿cómo vincular territorio e identidad con la lucha contra la pobreza, la desigualdad y la exclusión? Los espacios rurales priorizados en las investigaciones reunidas en esta publicación son, casi todos, espacios de pobres, en la medida de que son diferentes en términos culturales, con características propias distintas de las culturas hegemónicas de sus respectivos países. Se plantea entonces a estas culturas subordinadas la posibilidad de utilizar sus recursos, naturales o culturales (materiales e inmateriales), para mejorar sus ingresos implementando estrategias diversas, utilizando como palanca central el aprovechamiento de espacios y monumentos históricos, y de otra parte, “rediseñando” algunas de sus expresiones culturales, sobre todo inmateriales —fiestas y bailes, comidas, técnicas de artesanías, uso de yerbas medicinales, rituales—, todo ello teniendo a la lengua como vehículo central de transmisión de generación en generación.

1. Director general del Centro Regional para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial de América Latina (CRESPIAL).

El desarrollo territorial rural (DTR) es un concepto relativamente reciente que propone, según Schejtman y Berdegué, “un espacio con identidad y con un proyecto de desarrollo concertado socialmente”. A las necesarias articulaciones político-administrativa y económica, se debe entonces agregar la articulación a partir de elementos culturales identitarios.

Debemos reconocer la IC como un producto histórico, cambiante, cuyos referentes y expresiones que la sostienen se van modificando con el tiempo, mezclándose con influencias externas, o se encuentran en desuso por modificaciones vividas en el grupo portador.

Podemos decir, parafraseando a Howsbawn y Young, que se trata de la “invención permanente de tradiciones”. Lo importante no es la invención de una expresión cultural sino si esta es asumida por el grupo como signo de identidad. El mejor ejemplo son todas las fiestas (las “raymis”, como Tanta Raymi, Sondor Raymi, etc.) surgidas en el Perú en los últimos años, luego del éxito del Inti Raymi “reinventado” en Cusco en la década de 1940, un ejemplo paradigmático de tradición inventada que logra aceptación identitaria en una región. De la misma manera, las artesanías, las explicaciones sobre los lugares y restos históricos e incluso los ritos, se van modificando y adecuando a la demanda de los nuevos mercados o de los turistas. Es decir, se vinculan al mercado.

La ventaja de las expresiones culturales de las sociedades rurales es que en estos tiempos de globalización se refuerzan también, paradójicamente, las identidades locales. De hecho, la creciente importancia del turismo en las economías locales ha convertido a esta industria en un importante referente para el desarrollo rural: turismo vivencial, turismo ecológico, turismo de aventura, turismo rural, entre otros términos, resumen la búsqueda de paisajes o de mundos culturales diferentes y son actividades con un importante impacto en las culturas rurales.

Así, la búsqueda de lo exótico y del otro diferente en términos culturales incentiva la recreación o puesta en valor de expresiones culturales materiales e inmateriales. Se ofrece una reinterpretación histórica en lo monumental y una expresión cultural particular en lo inmaterial.

Los cambios producidos por la globalización y la “folclorización” de las expresiones culturales para “jalar” más turistas son retos que deben ser enfrentados por las culturas locales rurales. Las respuestas y estrategias no son sencillas pues al interior de las mismas sociedades rurales se generan contradicciones a partir de ideas que perciben de manera diferente la relación entre “tradición” y “progreso”.

Pero debemos tomar distancia con la concepción de “pureza” de las expresiones culturales, o “pureza” de las tradiciones, que se contradice con los cambios históricos que modifican a las culturas. ¿Qué se debe mantener y por qué?, esa es la pregunta de partida. El objetivo será reforzar las identidades no “estereotipadas” o anquilosadas, o reinventadas casi “a pedido” de la demanda.

Los estudios reunidos en esta publicación remarcan, de una parte, la creciente importancia de los gobiernos locales en el manejo territorial, y de otra, las identidades locales. Los gobiernos locales son actores centrales potenciales del desarrollo territorial en estos tiempos en los que el concepto de “participación” se ha convertido en sustento de esos gobiernos, aunque con diferente suerte. Asimismo, la existencia de organizaciones locales legitimadas es un requisito fundamental para construir propuestas de desarrollo territorial con identidad cultural (DTR-IC).

En suma, la heterogeneidad de las experiencias presentadas (que podrían multiplicarse por ciento en el continente) impide concebir “recetas” que den la pauta adecuada para vincular el DTR-IC con el objetivo de combatir pobreza, exclusión y marginalidad. De hecho, los estudios de caso coinciden en señalar que la revaloración cultural vinculada al desarrollo territorial se expresa en procesos diversos, heterogéneos, con actores diferentes que detentan intereses diferentes y a veces divergentes.

El concepto de DTR se basa en la confluencia de todos los actores, en el consenso de intereses que benefician a la colectividad. Para ello es fundamental una visión compartida que, sobre la base de elementos identitarios, convierta las amenazas en fortalezas. Se requiere, en una propuesta ideal, de gobiernos locales involucrados, organizaciones locales activas, alianzas entre actores, recursos financieros suficientes, políticas públicas favorables, escuelas locales interesadas.

Las investigaciones aquí presentadas enfatizan uno u otro de estos aspectos, aunque también señalan la carencia de otros. No olvidemos que el desarrollo territorial recién se abre camino desde iniciativas casi locales, a veces a contracorriente de políticas oficiales que no logran escapar de una visión macro y descuidan el potencial de las iniciativas micro. De otra parte, los liderazgos locales se convierten en un elemento importante pues, como dice uno de los estudios, “las fuerzas vivas de las comunidades deben ser las que propongan, promuevan y usufructúen de estas iniciativas”.

Queda claro que el fortalecimiento de la IC facilitará las propuestas de DTR y viceversa. Los textos de la presente publicación resultan ejemplos muy claros de los diferentes y difíciles vínculos entre la concepción del desarrollo por las culturas rurales y la autovaloración de sus expresiones culturales. Ser culturalmente diferente no debe ser sinónimo de ser pobre, y para superar la pobreza, no debe renunciarse a características fundamentales de la cultura en las áreas rurales.